Esteban A. de Varona

OROSI

Alvan O. Antillón, Jr.

OROSI

TEXTO Y FOTOGRAFIAS

POR

Esteban A. de Varona

PREFACIO

POR

ABELARDO BONILLA



TREJOS HNOS.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

El autor agradece sinceramente a

GISELA GERBERICH

la exactitud y fina comprension
con que hizo la traduccion inglesa.

PREFACIO

El doctor don Esteban Antonio de Varona nos hace a los costarricenses la ofrenda de este tomo, literario y gráfico, de escasas proporciones físicas, pero—bien dijo Gracián que lo bueno, si breve, dos veces bueno—de extensas y profundas en la esfera de lo espiritual. Ya antes había hecho a Cuba—su patria—y a la raza, una ofrenda similar: *Trinidad de Cuba.* En ambos libros, el hombre de pensamiento y de sentimiento se propone, y lo consigue plenamente, dar vida actual, despertándolas de su sueño de siglos, a dos vivencias y a dos realizaciones del espíritu que animó la colonización y civilización españolas en América. En nuestro caso, el único monumento que nos queda de aquellos hechos y de la noble y prócer aventura de

las órdenes religiosas, por la cual hoy no somos Africa sino parte del mundo culto.

Nos complace este libro en su forma y en su contenido. De Varona, con la magia de su sensibilidad y con la visión de su cámara fotográfica, acierta en la descripción del silencioso y místico ambiente del humilde templo franciscano, dormido y perdido en el valle que rodean las montañas de Navarro. La nota poética corresponde en la descripción al sentido profundo que la vida alcanza entre las viejas paredes, los altares y las imágenes de San José de Orosi.

Costa Rica, América y España habrán de agradecerle al autor este redescubrimiento de un valor al que este libro viene a quitarle el polvo de dos siglos. Redescubrimiento meritísimo, en razón de la modestia del templo frente a las grandes obras coloniales de México, de Perú y de Guatemala. Meritísimo también en gracia al espíritu que ha venido a darle a este libro, y al monumento a que se consagra, vida y forma superiores.

ABELARDO BONILLA

La conquista de América no se logró con lanzas, ballestas, arcabuces y cañones.

Las armas decisivas, que dieron un mundo a España, fueron otras. Tenían un temple sublime. Se llamaban voluntad extraordinaria, acción constante, abnegación admirable—y las manejaban los soldados de Cristo alistados en la legión de los hijos de San Francisco.

Las fuerzas que movilizó la Orden Seráfica hicieron posible que se hermanaran las conciencias de aborígenes y europeos. Hicieron posible, en otras palabras, el establecimiento de una cultura, y la colonización. Esta representaba un esfuerzo gigantesco, que hubiera sido vano sin el soplo franciscano que le dió vida y alimento.

La colonización de América—en que habrían de combinarse selvas, cordilleras, grandes ríos, razas indígenas y razas intrusas—no puede explicarse sin la influencia de las misiones, vehículos del mensaje de San Francisco—de claridad tan pura en su desbordante amor, que no rechaza nada ni a nadie...

AL pie de las montañas de Navarro, en el fondo de un magnífico valle que atraviesan tres ríos—uno de ellos se llamará *Reventazón,* a partir de aquí, y será espléndido—que le dan movimiento y lo fertilizan, medio escondida entre las casas de un pueblito que parece protegerla, tan humilde es, levanta la masa de su fachada, en armonía con la torre maciza, una iglesuca de tipo rural, de agradable y digna sencillez.

Salvo alguna peculiaridad arquitectónica de la época de su construcción, detalle que no llamará la atención del visitante distraído o indiferente, ningún elemento decorativo altera la sobriedad de su exterior. Esa modesta apariencia, que no excluye nobleza y encanto, revela su origen. La iglesia de *San José*

de Orosi, documento de un pasado viejo de dos centurias, es la huella franciscana, el testimonio precioso de la lucha tenaz que sostuvo, y ganó, la Orden Seráfica en Costa Rica.

La iglesia de Orosi, obra del fraile transformado en alarife, es la reliquia más venerable del patrimonio espiritual de este país.

Otros monumentos de los días coloniales, como la hermosa iglesia parroquial de Heredia—sostenida por sólidos muros de inspiración castrense—parecen dirigirse al Cielo en tono mayor. En Orosi, todo habla muy quedo a Dios y al hombre. Su lenguaje es cántico y ofrenda, y más conmovedor en su profunda poesía. Esa voz de Orosi, que no se olvida, recita sus invocaciones. Es una letanía a cuyo ritmo se somete el alma. Y persuade sin razones, como los milagros: por vía de gracia.

Esa voz de Orosi, voz que no olvida jamás quien haya tenido el privilegio de *poder* escucharla, es apacible, de susurro; y, tan elocuente, que convence después de cautivar. Es de compadecer

aquél que pase por este puerto de inevitable parada y salida de la sombra, y no se detenga; insensible al existir que anima y da fisonomía propia a la vieja construcción. O el que no se sorprenda del mundo inédito que descubre, tan inactual es. O el que tenga prisa por partir, volviendo las espaldas a la luz... Estéril será invitarles a esa evasión hacia lo perdurable, que agranda, como todas las evasiones, el área de la vida interior.

Durante muchos años, y hasta hace poco, Orosi sufrió de un desamparo absoluto por parte de los más interesados en protegerla y conservarla.

Con angustia, resignada y languideciente, la vieja misión, aparentemente condenada a morir, resistió los ataques del tiempo, de las lluvias y de los vientos, de los hombres. Resistió con un vigor que sus pobres paredes de adobe no bastan a explicar. Contra las trágicas deficiencias de los mortales, causas de tantos desvíos, de penosos conflictos, intervinieron, sin duda, fuerzas y voluntad esotéricas. Y la casa de San Francisco, en Orosi, desvalida, pero concentrada en espíritu, continúa señalando derroteros, gracias a esa protección. La que parecía difícil y remota existencia, atormentada

por los padecimientos materiales, soportó y venció al tiempo, a las lluvias y a los vientos, a los hombres.

Las raíces de San José de Orosi vienen de muy hondo, y de muy lejos...

La disposición del exterior de Orosi no debe haber cambiado mucho desde 1766, año en que se terminó su construcción. Las pocas reparaciones de 1903, tampoco parecen haber alterado la fábrica original.

La techumbre, cubierta de tejas, es a dos aguas. A uno de sus extremos, arrimada al costado de la iglesia, sobre el jardín, la torre guarda siempre sus viejas campanas, fieles a compromisos como éstos: «Soy de San José de Orosi. Año de 1787»; y: «Por Jesús, María y José, siempre sonaré. Año de 1779».

La fachada anuncia en su tono suave, franciscano, que en su interior todo será alivio del caminante. Ahí va a encontrarse, felizmente, la casi totalidad de las primitivas pertenencias de la iglesia,

según detalla un inventario de 1785. Y, lo que falta, no ha sido reemplazado, gracias al Cielo, por los llamados «artículos religiosos», imágenes y estampas, de insoportable mal gusto comercial, fabricadas en serie, que profanan con tanta frecuencia el espíritu y el aspecto de iglesias y conventos antiguos. Las bellas viejas bancas de madera labrada han desaparecido de la pequeña y encantadora nave central de Orosi: quizá no sea muy difícil recuperar alguna de las que poseen gente conocida por su afición a tales muebles, y copiarlas. Así se devolvería por completo su carácter al interior de la iglesia.

Los altares son piezas bien logradas del barroco americano. Sin llegar a ciertas perfecciones que alcanzó el estilo en importantes centros coloniales, son admirables por la habilidad con que los trabajaron sus autores. Estos fueron los mismos recoletos, quienes tallaron, pintaron y doraron con los reducidos medios que se puede imaginar. Es sorprendente que de los talleres instalados en Orosi, a mediados del siglo XVIII, sa-

lieran obras de tal calidad, contando, como auxiliares, con los aprendices indígenas únicamente.

El altar de Las Animas es, de los cuatro de la iglesia, el de talla más rica, minuciosa y elegante. Los otros, el altar mayor, o de San José, el de San Francisco y el de San Antonio tienen menos interés en su conjunto y en los detalles; pero todos son de composición y de proporciones muy felices, subordinadas a la disposición y a la capacidad del local. Así, tales composición y proporciones contribuyen de manera decisiva, en lo que respecta a los altares, a la unidad de los diferentes elementos (muebles y arquitectura) que la integran. En Orosi todo es auténtico, pues la planta primitiva no ha sufrido cambios. Ello explica esa armonía total, rara por cierto, que da mayor valor estético a la misión.

Dicha armonía tampoco queda disminuída por las imágenes. Todas son antiguas, contemporáneas de la construcción y traídas, muy probablemente, de Guatemala. Es de muy buena factura la de San José, de talla entera, en madera.

En importancia le sigue otra esculpida, la de Santa Rita, también de bulto completo; y las del Cristo Crucificado, del Cristo Yacente, del Cristo Resucitado, y la del Tránsito de la Virgen. Entre las de vestir, es extraordinaria la imagen del Nazareno. No hay otra que se la compare en Costa Rica. Su realismo es sentido e impresionante, así como esa expresión de lo patético que supo infundir su autor al divino rostro. Un San Francisco, un San Antonio de Padua, una Virgen de la Soledad, y otras más pequeñas, completan el conjunto de las imágenes de Orosi.

Más de veinte lienzos cuelgan de las paredes y de las pilastras de cedro de la iglesia. Aparecen en el inventario de 1797, año en que se revisó el de 1785. Los marcos respectivos, que también constan en el segundo inventario, son de talla sencilla, realzada por colores fuertes, pintadas hace pocas décadas, imitando, sin duda, aquellos que les dieran los frailes que construyeron y decoraron Orosi en el siglo XVIII. Tienen bastante gracia esas molduras, con sus dorados,

verdes y rojos combinados, que les dan relieve, sin apagar las tonalidades suaves ni las líneas poco vigorosas de algunas de las pinturas. Ni los lienzos ni sus marcos presentan los deterioros que cabría esperar al cabo de tanto tiempo, de la humedad del sitio y del poco cuidado que se ha tenido de ellos.

De menor importancia artística que los otros cuadros de la iglesia (un Nacimiento, una Virgen de Guadalupe, una Sagrada Familia, una Concepción, entre ellos), los óleos que representan las estaciones del *Via Crucis* son, sin embargo, aquellos que más llaman la atención en Orosi. Su ingenuidad es un poco teatral, y su composición algo confusa, pero agradable y discreta. Sus bastas pinceladas, de colores que fueron subidos de tono, revelan la probidad laboriosa de sus autores: una forma de devoción. Pintando de manera parecida, casi idéntica, no se ha roto la unidad de las catorce interpretaciones de la marcha hacia el Calvario—cuya terrible angustia ha sido perfectamente lograda. Así, gustan y conmueven.

El convento de Orosi arranca del edificio de la iglesia y cierra el jardín en escuadra. En ese cuerpo de la construcción están las pobres celdas, muy sencillas, muy humildes, testigos de la elevada y ejemplar vida de los franciscanos, resumen de todas las virtudes. Una galería comunica entre sí las diferentes partes del local: la sacristía y lo que fueron sala de recibo, archivo, refectorio. De las antiguas dependencias—hospicio, telares, fragua, carpintería, etc.—nada queda en pie.

El cementerio, junto a la iglesia, con sus viejas tumbas que desaparecen bajo la maleza salpicada de flores silvestres—las más adecuadas para dar vida a este camposanto—añade una nota melancólica a la soledad de Orosi. Una que otra cruz de hierro, a mitad consumida por el orín, se esfuerza por demorar su agonía entre el matorral del que apenas sobresalen sus brazos. Difícil será encontrar aquí un epitafio que conserve nombres o fechas, definitivamente olvidados. La paz del lugar es absoluta.

DURANTE la colonia, la parroquia de San José de Orosi tuvo gran importancia. La iglesia y el convento, aun en su estado actual, bastan para dar una idea de la labor que allí se hacía. En este centro de reducción y conversión de indios, puesto avanzado de la cruzada franciscana en Costa Rica, se trabajó sin descanso hasta el primer cuarto del siglo XIX. Su historia está unida íntimamente a la de este país, como la de todas las Misiones y Doctrinas a cargo de la Orden Seráfica: Ujarrás, Nicoya, San Francisco de Cartago, etc. De todas las casas de los Caballeros de la Pobreza, el viejo hogar de Orosi sería el único que habría de conservarse hasta nuestros días exento de modificaciones y retoques exteriores e interiores. Por eso es más precioso, más venerable, más evocador...

OROSI representa la presencia mejor de una fuerza y de una filosofía. Ambas en su recorrido paralelo, que comenzó el Santo de Asís, han logrado crear continuidad en la tarea suprema de salvaguardar el espíritu y su expresión bajo la triple coraza de la piedad, del pensamiento y de la acción. Tarea suprema, de esencia divina, cuyas fases vividas y afanes cumplidos han mostrado una ardiente voluntad de búsqueda penetrante, desplegada durante siglos, para hallar respuesta a cada conflicto del angustiado ser humano.

Orosi es un jalón más, firmemente clavado en Costa Rica, del recorrido universal de la fuerza y de la filosofía franciscanas. Su luminoso sello de gracia marca un camino seguro, de vida mayor.

Conduce a desear lo mejor, y a clamar por lo más hondo, con pasión. Y al rescate de los valores capitales del hombre, extraviados con frecuencia, o desviados hacia infecundos menesteres.

Orosi tiene una *razón de permanencia*, pues. Y siendo su raíz vigorosa, si se atiende y vigila, continuará dando sus frutos extraordinarios . . .

OROSI

Text and photographs

by

Esteban A. de Varona

Preface

by

ABELARDO BONILLA

TREJOS HNOS.

San José, Costa Rica

THE AUTHOR IS GRATEFUL TO

GISELA GERBERICH

FOR HER ACCURATE AND SYMPATHETIC TRANSLATION INTO ENGLISH.

PREFACE

Doctor Esteban Antonio de Varona offers to us Costa Ricans as a tribute this book of literary and historical value, brief in physical proportion, but—as Gracian so aptly says, whatever is good, is twice as good, if it be brief—it is wide and profound in the sphere of the spiritual.

He had already paid a similiar tribute to his country, Cuba, and its people, entitled *Trinidad de Cuba.* In both books the man of thought and feeling sets himself the task, which he amply fulfills, of giving actual life to two aspects and two triumphs of the spirit which animated Spanish colonization and civilization in America, awakening them from their sleep of centuries. In this instance he treats of the only monument that is left of those deeds and of the noble and princely adventure of the religious orders, as a result of which we are not Africa today, but part of the civilized world.

The form and the content of this book delights us. De Varona, with the magic of his sensitiveness and with the vision of his photographic camera, excels in his description of the silent and mystic atmosphere of the modest Franciscan temple, asleep and lost in the valley shut in by the mountains of Navarro. The poetic note is equally noteworthy in his description of the profound meaning which life acquires amongst the walls, the altars, and the images of San José de Orosi.

Costa Rica, America and Spain are bound to thank the author for this rediscovery of a treasure which this book is destined to unearth from beneath the dust of two centuries. A most meritorious discovery because of the humbleness of the temple compared with the great colonial works of México, Perú and Guatemala. Also most meritorious in grace the spirit which has given superior form and life to this book and to the monument to which it is dedicated.

Abelardo BONILLA

THE conquest of America was not brought to a successful conclusion with lances, ballestas, arcabuces and cannon.

The arms that gave a world to Spain were of another kind: they were of a sublime nature. They were extraordinary will, ceaseless action, admirable abnegation—and they were guided by the soldiers of Christ who formed the legion of the sons of Saint Francis.

The forces mobilized by the Seraphic Order made possible a unification of conscience on the part of natives and Europeans. In other words, they made possible the establishment of a culture, and the colonization. This represented a gigantic effort, which would have been fruitless had it not been for the Fran-

ciscan spirit which gave it life and nourishment.

The colonization of America—in which were involved forests, cordilleras, great rivers, native and intrusive races—cannot be explained without the influence of the missions, vehicles of the message of Saint Francis—of a clarity so pure in its boundless love, which rejects nothing and no one . . .

AT the foot of the mountains of Navarro, in the depth of a beautiful valley traversed by three rivers—one of which will be called the *Reventazón* henceforth, a noble stream—which give it life and enrich its soil, half hidden among the houses of a tiny hamlet which seem to protect it, so humble it is, a little church of rural type, of pleasing and dignified simplicity, rears the solid bulk of its façade, in harmony with its massive tower. Except for some architectural peculiarity of the period of its construction, a detail which will not strike the absent-minded or indifferent visitor, no decorative feature alters the severity of its exterior. Its modest appearance, which does not exclude charm and nobility, reveals its origin. The church of

San José de Orosi, a document from out the venerable past of two centuries ago, is a footprint of the Franciscan, a precious testimony to the tenacious struggle which the Seraphic Order endured and won in Costa Rica.

The church of Orosi, the work of the friar turned architect, is the most venerable relic of the spiritual patrimony of this country. Other monuments of the XVIIIth century, like the beautiful parish church of Heredia—supported by thick walls of military inspiration—seem to talk to Heaven in a more sustained tone. In Orosi—canticle and oblation—the language is more moving in its profound poetry: everything speaks very softly to God and to man. That voice of Orosi, a voice which can not be forgotten, recites its prayers: it is a litany to whose rhythm the soul surrenders, which persuades without explanation, like the miracles, by way of grace. That voice of Orosi, which one never forgets, once one has had the privilege of being able to listen to it, is gentle, like a whisper; and so eloquent, that it captivates and

then convinces. He is to be pitied who passes by this harbor of inevitable sojourn and departure from the shadow and does not tarry, insensible to the existence which animates and gives individuality to the ancient edifice; and he, too, is to be pitied, who is not surprised at the hitherto undescribed world which he discovers, so unreal it is, and he, too, must be pitied, who makes haste to depart, turning his back to the light. It would be futile to invite these to participate in the flight toward the Permanent, the Enduring, which Orosi represents, which widens, like all such flights, the area of the inner life.

For many years, and until very recently, Orosi suffered almost total neglect by those who should be most obligated to protect and preserve it.

Resigned and languishing in its affliction, the old mission, apparently condemned to die, resisted the attacks of time, of the rain and the wind, of man. It resisted with a vigor which its poor adobe walls are not sufficient to explain. Against the tragic deficiencies of mortals, causes of so many failures, of painful conflicts, esoteric forces and will doubtless played their part. And the house of Saint Francis in Orosi, defenseless, but strengthened in spirit, continues to point the way, thanks to that protection. That which seemed a remote and difficult existence, tormented by material suffering,

endured and conquered time, the rain and the wind, and man.

The roots of San José de Orosi go very deep, and very far . . .

THE condition of the exterior of Orosi can not have changed much since 1766, the year in which its construction ended. Nor do the few repairs carried out in 1903 inside the church and on the adjoining edifice, destined to be the home of the Recollect Order of friars, seem to have changed the aspect of the original structure. The roof, covered with tiles, has two slopes. At one end, joined to the side of the church, above the garden, the tower still preserves its old bells, faithful to promises such as this: «I am of San José de Orosi. Year of 1787», and: «For Jesus, Mary and Joseph; forever I shall ring. Year of 1779».

The façade of Orosi announces, in its soft Franciscan tone, that the traveler

will find sweet refreshment within. Fortunately almost all the primitive possessions of the church are to be found there, which an inventory of 1785 lists in detail. And that which is missing has not been replaced, thank Heaven, by those articles of mass manufacture—images, prints, of unbearably bad commercial taste, that profane with such frequency the spirit and the aspect of old churches and convents. The beautiful old pews of Orosi have disappeared: it would be easy to copy some that are today in the possession of private owners and restore the original character to the surroundings of the enchanting little central nave.

The altars are well fashioned pieces of American baroque. Without achieving certain perfections which the style attained in other colonial centers, they are admirable for the skill with which their authors carved them. It was the Recollects themselves, who carved, painted and gilded them with the scant tools which may be imagined. It is surprising that from the workshops established in

Orosi in the middle of the XVIIIth century there should have come work of such quality, since they could count for assistance upon native work alone. The altar of «El Nazareno», in the ancient chapel of All Souls, is more richly wrought than the other three (to Saint Joseph—the main altar—to Saint Francis and Saint Anthony), and more painstakingly and elegantly done. But all have excellent composition and proportion: both are subordinated to the pattern and size of the church, and contribute decidedly to the unity of the various elements—furnishings and architecture—of which it consists. In Orosi no changes were made in the original plan; here everything is authentic: thus can one explain that complete harmony, certainly rare, which gives great esthetic value to this mission.

All the noble harmony in the place is not in any way diminished by the images, all of which date from the same time as the building itself. They were brought probably from Guatemala.

The one of Saint Joseph, carved en-

tirely in wood, is of very good workmanship. The one of Saint Rita, also in one piece, is next in sculptural importance; then those of the Crucified Christ, of Christ reclining, of the resurrected Christ, and of the death of the Virgin. Among the clothed images, that of the Nazarene is extraordinary: there is no other in Costa Rica that can compare with it for its impressive and striking realism, the expression of pathos that its unknown author knew how to impart to that divine face. A Saint Francis, a Saint Anthony of Padua, a Virgin of Solitude, and others, somewhat smaller, constitute a fairly large group of images of a type not frequently encountered.

From the walls and from the pilasters of cedar at Orosi hang more than twenty canvases. They appear in the inventory of 1797, the year in which the inventory of 1785 was revised, together with their frames.

The latter are of simple carving, enhanced by the strong colors given them by the friars. Their moldings are very

graceful with their combinations of gold, green and red, which give them a raised effect—without sacrificing the soft tones or the not too vigorous lines of some of these pictures. Neither the canvases nor the frames show the deterioration which might have been expected, after so much time, from the dampness of the place and from the little care they have had.

Though without doubt of less artistic importance than the other pictures of the church (a Nativity, a Virgin of Guadalupe, a Holy Family, a Conception among them), the oil paintings which form the series of the stations of the *Way of the Cross* are, nevertheless, the ones that attract most attention at Orosi. Of an ingenuity somewhat theatrical, they are rather jumbled in their composition, yet pleasing and discreet. With coarse strokes of the brush which have been heightened in tone these fourteen canvases reveal the laborious honesty of their authors—a form of their devotion. Painted in similar, almost identical, fashion, the unity of the fourteen interpre-

tations of the road to Calvary has not been broken; its terrible anguish has been perfectly portrayed. Thus they impress and please at the same time.

The monastery of Orosi juts out from the church in such a manner as to enclose the garden in a square space. There are the poor cells, very humble, very plain, testifying to the lofty and exemplary life of the Franciscans, essence of all virtues. A cloister connects the various parts of the building: the sacristy, the archives, the reception room, the refectory. Of the old dependencies of the monastery—forge, looms, carpentry shop, hospice—nothing remains.

The cemetery, with its ancient tombs which are disappearing under the weeds and the few wild flowers—best fitted to give life to this sacred ground—adds its melancholy note to the solitude of Orosi. Here and there an iron cross, half eaten away by rust, tries hard to prolong its agony in a thicket from which its arms barely emerge. It would be hard to find an epitaph which preserves names or dates definitely forgotten. The place abides in perfect peace.

DURING the days of the colony the parish of San José de Orosi was of great importance. The church and the monastery, even in their present state, are sufficient evidence to give one an idea of the labor which was accomplished there. In this center for the subjection and conversion of the Indian, an advance post of the crusade of the Franciscans in Costa Rica, they worked tirelessly till the first quarter of the XIXth century. Its history is united intimately to that of this country—as is that of all missions and doctrines in charge of the Seraphic Order: Ujarrás, Nicoya, San Francisco de Cartago, and others. Of all the houses of the Knights of Poverty in Costa Rica, the old home at Orosi must have been the only one that was destin-

ed to be preserved to our days free from exterior and interior alterations, modifications and retouchings—and for that reason it is more precious, more venerable, more inspiring . . .

OROSI represents the best example of a force, and of a philosophy. Each in its parallel course, begun by the Saint of Assisi, has succeeded in creating a continuity in its supreme task of safeguarding the spirit and its expression under the triple shield of piety, thought and action. A supreme task of divine essence whose phases and solicitudes have shown an ardent desire for penetrating research, displayed through the centuries, to find a reply to every conflict of anxious humanity.

Orosi is another milestone on the universal course of Franciscan force and philosophy, planted firmly in Costa Rica. Its luminous seal of grace marks a safe route to the higher life. It leads one to desire the best, and cry out passionately

for what is most profound. And it leads to the redemption of the sterling qualities of man, which frequently go astray or are dissipated in fruitless obligations.

So Orosi has reason for permanency. And since its roots are strong, if attended and guarded, it will continue to bring forth its extraordinary fruits . . .

Fotografías

Photographs



Entrada al Valle de Orosi.

Gateway to the Valley of Orosi.



El Valle de Orosi.

Orosi's Valley.



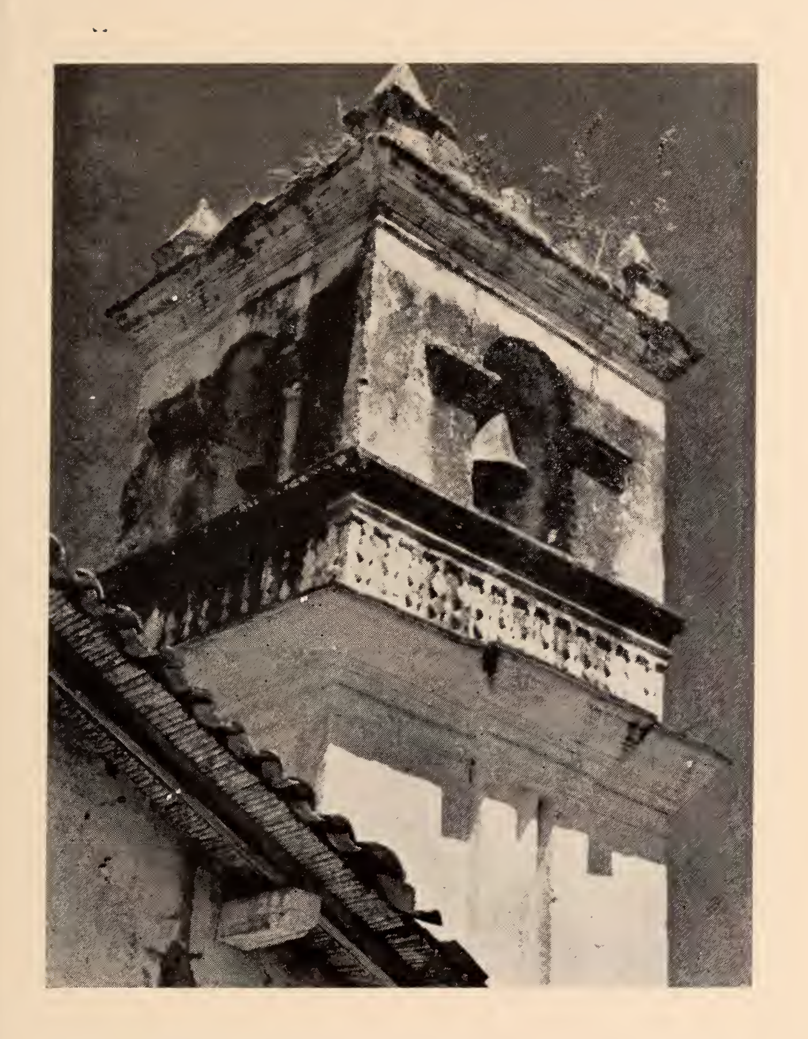
Exterior de la iglesia.

Exterior of the church.



Entrada principal de la iglesia.

Main entrance of the church.



El campanario.

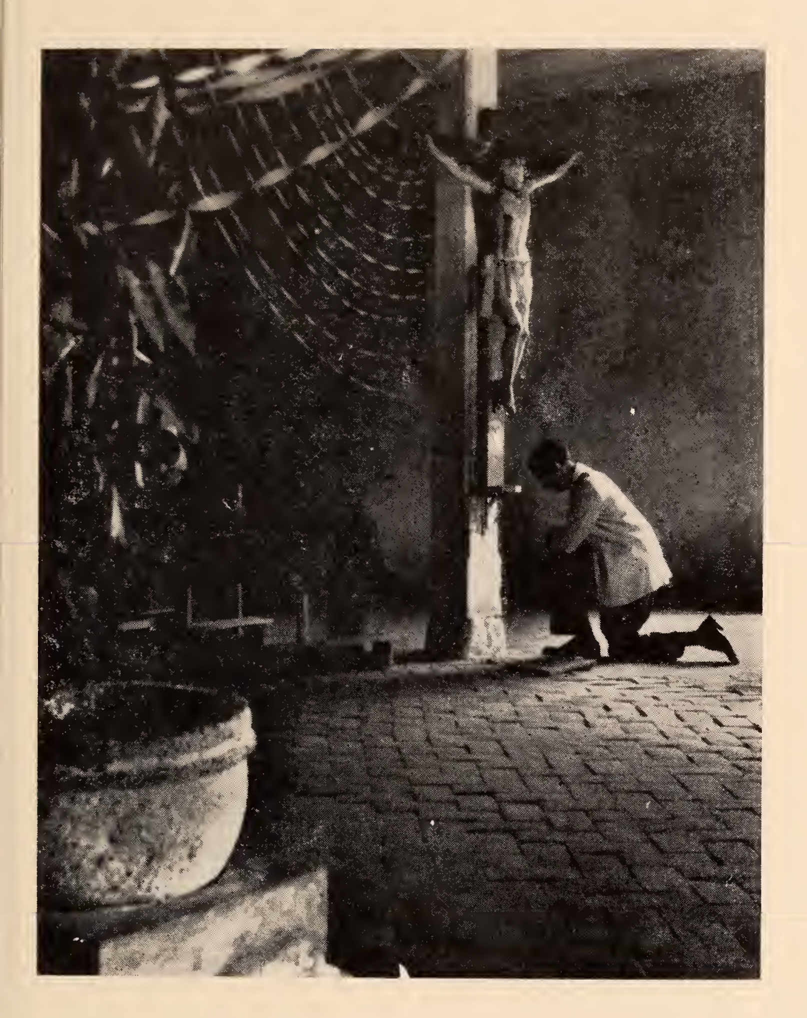
The belfry.



El claustro.

The cloister.





Interior (nave central).

Interior (central nave).



El Crucificado (talla en madera).

The Crucified Christ (carved wood).



El Crucificado (detalle).

The Crucified Christ (detail).



La entrada principal, vista desde el baptisterio.

Main entrance, viewed from the baptistery.



El altar de Jesús Nazareno.

The altar of the Nazarene.

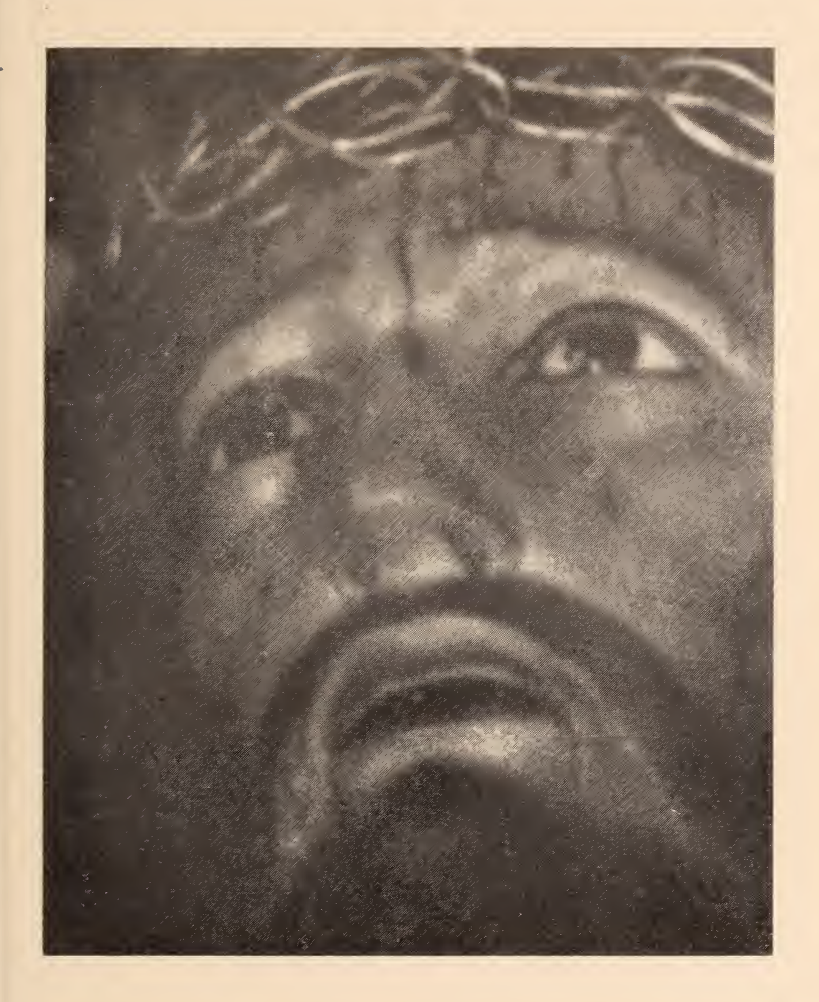


Imagen de Jesús Nazareno (detalle).

Image of the Nazarene (detail).



Altar de Jesús Nazareno (detalle).

Altar of the Nazarene (detail).



Altar de Jesús Nazareno (detalle).

Altar of the Nazarene (detail).



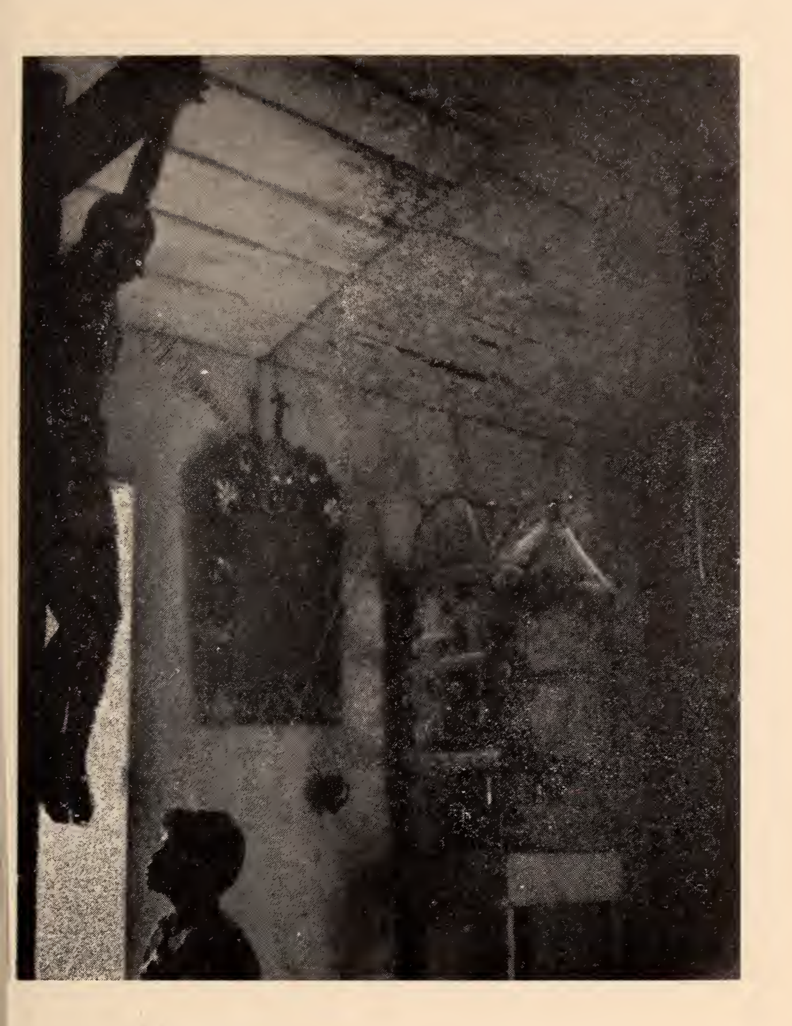
Altar Mayor (detalle).

Main altar (detail).



Altar mayor. Tabernáculo.

Main altar. Tabernacle.



Interior de la iglesia.

Interior of the church.



Vía Crucis (óleo).

Way of the Cross (oil painting).



Crucifijo (plata).

Crucifix (silver).



Candelabro (madera tallada). (Detalle).
Chandelier (carved wood). (Detail).



Atril (plata).

Lectern (silver).



«... siempre sonaré».

«... forever I shall ring».



El camposanto.

The cemetery.



Perfil de Orosi.

Orosi's profile.

Las fotografías de este libro han sido tomadas por el autor con cámaras Super Ikonta B, lente Zeiss Tessar (f 2 8) y Rolleiflex 4 x 4, lente Zeiss Tessar (f 3.5), ambas con obturadores Compur.

En todos los casos se utilizó siempre la luz del día, exclusivamente. El autor emplea un medidor de luz Weston Master II.

Películas: Ansco Supreme y Ansco Superpan Press.

The photographs of this book were taken by the author with a Super Ikonta B camera, f 2.8 Zeiss Tessar lens, and a Rolleiflex's 4 x 4, f 3.5 Zeiss Tessar lens, both with a Compur shutter.

Day-light, exclusively used. Exposure meter: Weston Master II.

Films: Ansco Supreme and Ansco Superpan Press.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA CUA-
TRO DE OCTUBRE DE MIL
NOVECIENTOS CUARENTA
Y NUEVE, EN LOS TALLE-
RES GRAFICOS DE TREJOS
HERMANOS, SAN JOSE DE
COSTA RICA.